

Los Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS) como vectores de la globalización

The New Social World-Objects (NewSWOs) as Vectors of Globalization

*Pablo Navarro

Facultad de Ciencias Sociales. Universitat de València. España/Spain

pablo.navarro@uv.es

Recibido/Received: 11/06/2015

Aceptado/Accepted: 26/11/2015

RESUMEN

Este artículo realiza una primera presentación del concepto de “Nuevo Objeto-Mundo Social (NOMS)”. Los NOMS son sistemas sociales constituidos a escala global y definidos cada uno por una *dinámica unitaria* que abarca todo el planeta. Esos NOMS están configurando un *nuevo tipo de estructura social*, distinta de la que ha sido propia de fases anteriores de la modernidad. Los NOMS —que van desde instrumentos especializados de interacción como Couchsurfing a complejas estructuras como el sistema financiero global— han aparecido en las últimas décadas, impulsados sobre todo por las actuales tecnologías de la información, la comunicación, la interacción y la organización social. En tales NOMS toman cuerpo nuevas formas de subjetividad humana y nuevos sujetos sociales. Por esta razón, los NOMS se están convirtiendo en el fundamento objetivo de —y en los vectores que impulsan, configuran y propagan— una nueva socialidad de dimensión global.

Palabras clave: Objetos-mundo, globalización, socialidad global, objetos sociales, segunda modernidad, estructura social, teoría sociológica.

ABSTRACT

This paper presents the concept of “New Social World-Object (NewSWO)”. NewSWOs are social systems set up on a worldwide scale, each one defined by a unitary dynamics embracing the whole planet. Those NewSWOs are shaping a new type of social structure, distinct from that peculiar to previous phases of modernity. The NewSWOs —which encompass from specialized tools of interaction such as Couchsurfing to structures as complex as the global financial system— have emerged over the last decades, chiefly boosted by the current information, communication, interaction and organization technologies. Such NewSWOs embody new forms of human subjectivity and new social subjects. For this reason the NewSWOs are becoming the objective basis of —and the vectors that foster, shape and propagate— a new sociality of a global dimension.

Keywords: World-objects, globalization, global sociality, social objects, second modernity, social structure, sociological theory.

*Autor para correspondencia / Corresponding author: Pablo Navarro. Universitat de València, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología y Antropología Social, Despacho 4-D03, Av. de Taroners, 4b, 46021 Valencia. Email: pablo.navarro@uv.es

Sugerencia de cita / Suggested citation: Navarro, P. (2016). Los Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS) como vectores de la globalización. *Revista Española de Sociología*, 25 (1), 13-36.

INTRODUCCIÓN: LAS BARRERAS EPISTÉMICAS QUE DIFICULTAN UNA APROPIADA TEORIZACIÓN SOCIOLOGICA DEL FENÓMENO DE LA GLOBALIZACIÓN.

La idea de globalización o planetarización forma ya parte del horizonte mental de nuestros días; no solo se ha instalado en el vocabulario de diversas ciencias sociales (de la economía a la ciencia política, pasando por la sociología) sino también en el lenguaje cotidiano. Pero esa noción de globalización, tan omnipresente, todavía carece de una conceptualización suficiente en términos propiamente sociológicos. En realidad no existe un concepto de globalización explícita y claramente caracterizado como un *determinado tipo*, altamente elaborado y específico, de *estructura social*. Por ello, y a pesar de las sustanciosas contribuciones que el tema de la planetarización ha suscitado en las últimas décadas (Giddens, 1990; Beck, 1998; Castells, 1999), puede decirse que todavía no disponemos de una conceptualización suficientemente madura y propiamente sociológico-estructural de esa noción de globalización¹.

La causa principal de este déficit sociológico en relación con el fenómeno de la globalización es el predominio, en los estudios que la sociología aborda, del horizonte epistémico heredado de la tradición clásica de nuestra disciplina. Este es, muy principalmente, el horizonte del Estado nación (Beck, 2005). La sociología nace y se consolida como una ciencia diseñada para ocuparse, más que nada, de las realidades sociales que resultan accesibles desde esa atalaya epistémica que proporcionan los Estados nación modernos y las correspondientes sociedades nacionales. Todo lo que existe por debajo de ese horizonte (en una escala meso o micro) se vislumbra e interpreta, por lo general, en contraste con el referente nacional-estatal. Y lo que existe por encima de tal horizonte resulta difícil de visibilizar

1 Quizá la aportación teórica más elaborada en esa tarea de lograr una conceptualización sociológico-estructural del complejo fenómeno de la globalización, sea la idea de *sociedad red* propuesta principalmente por Castells (1999). No es este el lugar, sin embargo, para discutir los puntos fuertes y débiles de esa aproximación teórica.

para la perspectiva sociológica estándar —como no sea en términos puramente comparativos²—.

No entraré a discutir cuáles son las causas de esa limitación cognitiva a la que aludo. Solo señalaré que tiene mucho que ver con ella el supuesto sociológico canónico según el cual la estructura social debe concebirse, primordialmente, como una *estructura institucional*. A este respecto, conviene puntualizar que ni siquiera quienes comparten ese supuesto suelen asumir una coincidencia total entre los conceptos de ‘estructura social’ y de ‘estructura institucional’. Ya Montesquieu señalaba elementos estructurales (así, el clima, o la fertilidad de los países) que tienen poco de institucionales. Todavía es más clara y sistemática la distinción marxiana entre la ‘estructura económica’ y una ‘superestructura’ que tendría (en la concepción sociológica estándar) un carácter claramente institucional. Así pues, siempre ha existido un cierto desajuste entre esos dos conceptos. Cabe incluso pensar que el análisis de este desajuste bien podría ser el hilo conductor de hallazgos teóricos importantes³. Sea como fuere, apenas parece cuestiona-

2 La sociología, desde luego, asume con gusto y desenvoltura la tarea de *comparar* los fenómenos sociales que descubre en los distintos Estados nación. Pero esta actividad comparativa en realidad no rebasa el horizonte epistémico nacional-estatal, sino que más bien lo refuerza.

3 En esta dirección se mueven autores como Portes (2006), quien distingue entre el plano de la “estructura social”, que se referiría sobre todo a relaciones sociales, distribución de recursos, poder, etc., y el “plano institucional”, que incluiría la dimensión simbólica formada por valores, normas, repertorios cognitivos, etc. Sin que aquí sea posible entrar a fondo en este debate, cabría postular que una teoría general de los objetos sociales —formulada en línea con la perspectiva constructivista que se esboza en la sección segunda de este trabajo— podría iluminar la indicada distinción entre, por una parte, la estructura social, y, por otra, la (sub-) estructura institucional. Esta última, constituida como un nivel emergente de la primera, debería concebirse, desde el punto de vista que aquí se adopta, como un desarrollo específico de los objetos sociales, los objetos institucionales. Estos objetos tomarían cuerpo, a través de procesos sui géneris de recursión interactiva, sobre la base de otros niveles previos de la objetividad social —y en especial del nivel de los que llamaremos “objetos interactivos primarios” (véase el desarrollo de esta idea en las pp. 21-22 de este trabajo).

ble la afirmación de que la corriente dominante del pensamiento sociológico ha propendido a concebir la estructura social en términos preferentemente institucionales.

Ahora bien, sucede que las instituciones sociales, que en sí mismas surgen y existen en escalas muy diferentes de la vida social —desde el nivel micro al macro— tienden a tomar cuerpo de manera privilegiada, en las sociedades modernas, dentro de, y en relación con, el ámbito nacional-estatal. Esto es así porque esas instituciones, sea cual sea su espacio originario, entran de manera casi inevitable en una fuerte resonancia adaptativa con el poder político y el marco legal que el Estado nación representa y encarna.

Un ejemplo de esta resonancia lo proporciona una institución tan básica como el matrimonio. Este es, originariamente, un asunto que involucra, además de a los contrayentes, a las familias o clanes de estos. Pero en las sociedades modernas esta institución ha sido —excepto por lo que toca a ciertas minorías étnicas— casi enteramente subordinada al marco político-legal, estatal en suma, que es el que establece los derechos y deberes que tal institución entraña. Es sintomático, a este respecto, lo que ocurre cuando la versión “oficial” de esa institución se descarta y es sustituida por las llamadas “uniones de hecho”. En esas circunstancias las parejas directamente implicadas también suelen reclamar la intervención protectora del Estado para que dichas “uniones de hecho” dispongan de un conjunto de garantías y privilegios reconocidos por la ley y equiparables a las que ese mismo Estado otorga a la institución matrimonial en sentido estricto.

Por eso, no es casual que las instituciones que la sociología estudia sean, en su mayoría, realidades de dimensión nacional-estatal, o bien de alcance subestatal, pero consideradas dentro de, y en relación con, un marco de referencia estatal. Así que para la ciencia sociológica, por defecto, investigar una *sociedad* consiste, básicamente, en examinar la estructura institucional que la configura, precisamente, como sociedad nacional-estatal. Dicho de otro modo: el concepto mismo de “sociedad” que la sociología suele asumir remite por defecto al horizonte nacional-estatal.

Ocurre, sin embargo, que el fenómeno de la globalización, en lo que tiene de más característico, existe y avanza por debajo —o por encima, según se mire— de cualquier estructura institucional (estatal o subestatal) preexistente. Por eso, la perspectiva nacional-estatal resulta no solo insuficiente, sino en muchos aspectos obstaculizadora cuando se trata de abordar desde un punto de vista propiamente sociológico el hecho de la globalización. Esa perspectiva, en efecto, impide la observación atinada de otras formas de distribución del poder y la autoridad a escala global, formas que no se constituyen en el marco político-legal de ningún Estado, ni siquiera toman cuerpo en el dominio, todavía tenue, de las instituciones políticas supraestatales.

Me refiero a “estructuras sociales causativo-configuradoras” que son fuentes alegales de poder, recursos y legitimidad a escala global. Sería el caso, por ejemplo, de las corporaciones transnacionales, o de los grupos y movimientos más o menos informales que actúan a una escala mundial (grupos religiosos, grupos de interés, grupos de activistas coordinados globalmente —entre ellos algunos de carácter terrorista—, etc.). Estas estructuras configuradoras no son propiamente instituciones, aunque sí son objetos sociales con un poder causativo-conformador creciente y cuyo análisis parece requerir un instrumental teórico y metodológico de nuevo cuño.

En general, y debido a que en buena medida actúa a través de los indicados objetos, la globalización no sigue las reglas de estructura institucional alguna, sino que más bien coloniza las estructuras institucionales previas —de alcance subestatal, estatal o incluso supraestatal—, las explota y acaba por modificarlas de manera más o menos profunda y subrepticia. Esta condición pre-o, mejor, “meta-institucional” del hecho de la globalización se nos muestra de manera clara en una de las dimensiones más palmarias del fenómeno: la que encarnan los mercados financieros globales. Esos mercados no se limitan a desarrollarse dentro del entramado económico-institucional con el que los Estados nación y sus agencias internacionales tratan de controlarlos, sino que infectan ese marco institucional como una suerte de especie invasora que tiene y sigue sus propias reglas de desarrollo, supervivencia y evolución. Esa especie invasora

modifica el aludido marco de manera oportunista —poniéndolo a su servicio— y fuerza a los Estados nación a reconstruir penosamente sus estructuras institucionales —tanto las de cada uno como las internacionales—. La indicada reconstrucción, en efecto, resulta imprescindible para que tales estructuras no queden totalmente obsoletas e insertibles ante las nuevas situaciones creadas en este campo de las finanzas planetarias por el empuje globalizador. En este terreno, la aparición de monedas digitales como “bitcoin” (Cardinal, 2014), que ninguna institución (financiera o de otro tipo) controla ni, por el momento, parece poder controlar, es un buen ejemplo de este carácter “metainstitucional” del hecho de la globalización.

Parece evidente, pues, que el horizonte epistémico de cualquier aproximación sociológica al fenómeno de la globalización no puede ser el que nuestra disciplina suele asumir por defecto —a saber, la perspectiva de una estructura institucional de índole subestatal, nacional-estatal o, incluso, supraestatal—. Debe ser un horizonte distinto, *en el que se hagan visibles, de entrada, realidades “sui generis” de naturaleza intrínsecamente global.*

¿Cuáles son esas realidades? Si la globalización, como decimos, no puede entenderse, en lo que tiene de más peculiar, asumiendo el marco conceptual estándar de la sociología —que considera mayormente su objeto en los términos de una estructura de instituciones⁴—, ¿cómo deberá entonces concebir una “sociología de la globalización” su objeto propio y adecuado?

Antes de responder a esta pregunta, y después de haber discutido en este punto la capacidad de la teoría sociológica clásica para proporcionar una descripción estructural del fenómeno de la globalización, daré cuenta de la estrategia expositiva del resto del artículo. Este se organiza del siguiente modo. La sección 2 plantea el concepto de “objeto

social”, entendido como el cimiento preinstitucional que hace posible la interacción social. La sección 3 ofrece una primera discusión del concepto de “Objeto-Mundo”, mientras que la sección 4 establece la distinción entre diferentes clases de objetos-mundo, entre ellas la de los “Objetos-Mundo Sociales”. La sección 5 se centra en la caracterización de los Nuevos Objetos-Mundo Sociales que están surgiendo en la actualidad: dinámica unitaria, naturaleza glocal, e interacción con el medio sociocultural. La sección 6 expone el potencial sociogénico de los NOMS socioculturalmente abiertos. La sección 7 describe el conjunto de los NOMS como un ecosistema de dispositivos sociotécnicos capaces de generar la estructura definitoria de nuestra naciente Sociedad Global, y que actúan como auténticos vectores del proceso de globalización. En las conclusiones se recapitulan los hallazgos que el anterior análisis ha producido, y se hacen algunas consideraciones sobre el uso del enfoque NOMS en la investigación sociológica.

LOS OBJETOS SOCIALES COMO ELEMENTOS ARTICULADORES DE LA REFLEXIÓN SOCIOLÓGICA

En relación con la pregunta que dejamos sin responder arriba —¿cómo deberá concebir una “sociología de la globalización” su objeto propio y adecuado?—, parece sensato asumir un principio sociológico muy general y empíricamente acreditado, pero que me atrevo a reformular en términos bastante fuertes: cada modelo de sociedad se estructura por medio de un conjunto peculiar de tipos de *objetos sociales*.

Por “objeto social” entiendo una suerte de “percha” imaginaria (e imaginariamente compartida por una comunidad específica de sujetos sociales) que solemos identificar mediante un término peculiar (digamos, *compañerismo*) y que sirve de referente a, y concentra, una cierta familia de acciones e interacciones sociales. Estas son, justamente, las acciones e interacciones que “satisfacen” el objeto en cuestión. Otro ejemplo podría ser el objeto social *saludo*. Este sería el “nodo agencial”, “percha” o “referente imaginariamente compartido” del conjunto de acciones e interacciones

4 Dicho de otro modo: para que el fenómeno de la globalización pudiera entenderse como una estructura de instituciones, el concepto sociológico de institución social habría de ser profundamente reformulado, hasta hacerlo casi irreconocible. O, en todo caso, habría que ampliar y matizar muchísimo ese concepto, de manera que dentro de él cupiera la noción de “Objeto-Mundo Social” que intentaré presentar en el resto de este trabajo.

que satisfacen tal objeto (tal referente compartido) en una situación determinada y para ciertos individuos interactuantes. Ese conjunto de acciones e interacciones coincidiría justamente con aquellas que resuelven satisfactoriamente el acto de saludar en esa situación.

En otras palabras, un objeto social sería el supuesto que orienta y permite nuestro éxito interactivo o que, por el contrario —y cuando lo malinterpretamos pragmáticamente como tal objeto— nos lleva al fracaso interaccional. Este fracaso ocurre cuando nuestra correspondiente acción no satisface el objeto en cuestión. Es decir, cuando no lo satisface al menos a los ojos de algunos de los “otros interactuantes” con los que debemos resolver la situación —centrada *en y por* ese objeto— que presuntamente compartimos.

Un ‘objeto social’, en el sentido que aquí se da a ese término, sería pues un presupuesto agencial “objetivo” de naturaleza social (y no meramente física, como en principio sería el caso, digamos, de un fenómeno meteorológico: saber si va a llover hoy o no es sin duda un “presupuesto agencial objetivo” que probablemente vaya a modificar nuestra acción a lo largo del día; pero ese presupuesto, en sí mismo, no tiene una naturaleza propiamente social). Así, un ‘objeto social’ sería una realidad que el agente asume como dada y compartida *en y por* su entorno social. En este sentido, esa realidad se presenta ante tal agente como “objetiva” —en la medida en que no depende de sus opiniones, deseos o propósitos.

La “objetividad” de los objetos sociales radica en su *ineluctabilidad agencial*: simplemente, debemos aceptarlos como presupuestos de nuestra acción si queremos realizar esa acción de manera competente y eficaz. Sólo a escala supraindividual —mediante procesos de acción colectiva que modifiquen efectivamente ciertos objetos sociales hasta ese momento vigentes— podemos transformar la estructura de objetos sociales que nuestras acciones e interacciones sociales deben presuponer. Considérese el objeto social “saludo”, ya aludido, o el objeto social “horario”. Uno “sabe” que en determinadas circunstancias debe saludar a alguien más o menos de cierta manera, y que en otras debe respetar determinados horarios, etc. Quien en el

curso de su proceso agencial (como actor e interactivo social) no satisface, cuando la circunstancia lo requiere, el objeto social ‘saludo’ (o el objeto social ‘horario’), sabe que se arriesga a frustrar de entrada el propósito perseguido por esa su agencia.

Repárese en que hay objetos sociales “universales” —como el *saludo*—, que se dan en todo tipo de sociedades humanas, y otros que aparecen solo en determinadas formaciones sociales constituidas por nuestra especie —así, el objeto social *horario*, que nada más surge en sociedades que disponen de una capacidad generalizada de medir el tiempo con una precisión considerable (digamos, de minutos).

Obsérvese, por otra parte, que el concepto de ‘objeto social’ que aquí se esboza no es asimilable sin más a otras nociones sociológicas aparentemente cercanas, como la idea durkheimiana de “hecho social”. Para Durkheim, un “fait social” es, ante todo, algo a lo que nos sentimos *moralmente obligados*. Un ‘objeto social’, en el sentido que aquí se da al término, no entraña en sí mismo una carga de obligación moral sino, más bien, de “obligación práctica”: si queremos que nuestra acción se lleve a efecto con éxito, debemos respetar las reglas de juego agenciales que nos imponen determinados ‘objetos sociales’ posibilitadores o, al menos, facilitadores de esa acción. Por ejemplo, si yo quiero saludar a alguien —aunque no tenga ningún sentimiento de obligación moral que me impulse a hacerlo, e incluso aunque me fastidie realizar esa acción, que solo voy a llevar a término por motivos, supongamos, de interés— debo elegir entre un repertorio de gestos y expresiones que forman parte del objeto social “saludo”. Este objeto se me da *agencialmente situado*, es decir, definido no de manera general, sino de acuerdo con la circunstancia en la que me muevo y según la relación que me vincula con la persona que me propongo saludar. A su vez, los gestos y expresiones que compongan mi saludo deberán resultar reconocibles por *alter*, precisamente, como un saludo aceptable dada su relación conmigo y la circunstancia que compartimos.

Conviene subrayar, además, que un ‘objeto social’ es algo más complejo que un “fait social”: entraña (y, a la vez, se construye sobre la base de) todo un sistema de opciones prácticas (alterna-

tivas o complementarias). Cuando tal sistema se convierte en presupuesto y guía de una determinada familia de acciones, suele generar una constelación típica de fenómenos concomitantes (comportamientos característicos, escenarios y dramatizaciones peculiares, “universos interactivos” —es decir, conjuntos de agentes con los que en principio podemos interactuar a través de ese determinado objeto social—, interpretaciones, actitudes, emociones y sentimientos —incluidos, posiblemente, sentimientos de obligación moral—, etc.).

Como hemos dicho, esa realidad socialmente presupuesta que es un ‘objeto social’ sirve de referente, focaliza, concentra y de algún modo posibilita cierta familia de acciones e interacciones sociales. Los objetos sociales pueden ser conceptos colectivamente compartidos, como el concepto “préstamo” (y la correspondiente acción y verbo, “prestar”⁵), o bien conceptos no solo ampliamente compartidos, sino que también presuponen el uso de algún artilugio o conjunto de artilugios para llegar a resultar agencialmente eficaces. Así ocurre, digamos, con el objeto social “imprensa”. Obsérvese que el objeto social ‘imprensa’ no es el artilugio de ese nombre en su mera materialidad, sino ese artilugio más su definición socioagencial (es decir, más el uso social del mismo, uso que se supone hasta cierto punto conocido y asumido por un determinado medio social).

Conviene que tampoco se confunda el concepto de objeto social que intento formular con propuestas como la del “actor-red” (Latour, 2008). La

principal razón por la que desde el punto de vista que aquí se propone nos vemos obligados a marcar distancias con la teoría del actor-red, es la pseudo-objetividad (y, asimismo, la pseudo-subjetividad) que esta teoría otorga a los actantes no humanos. ¿Cómo pueden interactuar actantes humanos y no humanos si los segundos no existen como objetos para los primeros? ¿Acaso no debe darse de forma previa, en esos “actantes no humanos”, una cierta condición de objetos antes de que puedan desplegar su potencial como actantes?

Tal vez aclare algo este punto un ejemplo apresurado. Es evidente que un teléfono móvil es un elemento imprescindible (un “actante no humano” necesario) para que *ego* establezca su red de interacciones con aquellos “actantes humanos” con los que se relaciona a través de ese aparato. Mas para que *ego* sea capaz de manejar tal aparato, este debe existir previamente, como objeto, precisamente para *ego*. Y un teléfono móvil, o cualquier otro elemento susceptible de ser un referente de la acción humana, no tiene esa condición de objeto en sí mismo, sino en la medida en que ha sido efectivamente construido como tal por *ego*. Imaginemos que un competente cazador-recolector magdaleniense se topa de repente, en medio del bosque, con un flamante “smart phone”. Podemos estar seguros de que ese chisme último modelo no existiría, para nuestro hombre de las cavernas, como objeto. Una cosa —en el sentido ontológicamente mínimo de “un mero algo”— solo existe propiamente como objeto cuando se reviste de un cierto sentido agencial para *ego*. Y parece evidente que el indicado “smart phone” no revestiría sentido agencial alguno para el magdaleniense. Nada coherente podría hacer con el artilugio —y, menos, establecer red interactiva alguna a través de él.

Desde el punto de vista que aquí se intenta expresar, si bien es verdad que en cierto modo son las redes de acciones las que constituyen los objetos (y los sujetos), en otro aspecto son estos (objetos y sujetos) los que constituirían aquellas. Esas redes son dinámicas y generativas; en la medida en que se actualizan a través de las prácticas de los individuos que las constituyen, tales redes redefinen constructivamente tanto los objetos como los sujetos que las componen. Pero esto solo ocurre

5 El concepto de préstamo, como el de la mayoría de los objetos sociales, recibe interpretaciones culturales diversas. Pero tales interpretaciones son posibles en la medida en que el correspondiente objeto las sustenta: es decir, esas interpretaciones no podrían elaborarse sin la existencia previa del objeto en cuestión. Piénsese en un objeto social todavía más básico (que es, de hecho, un universal social, como lo es el objeto social ‘saludo’): me refiero al objeto social “alimento”. Toda sociedad dispone y maneja en sus interacciones este objeto, aunque lo interprete de maneras muy diversas en el plano de la creatividad cultural. Pero a pesar de las diferencias existentes en este nivel de la “cultura”, todas esas interpretaciones presuponen y elaboran el mismo objeto básico ‘alimento’, transversal a todas las formaciones sociales humanas.

cuando esos individuos y esos objetos ya han sido constituidos, siquiera sea en un formato mínimo, a través de un proceso de genuino “*bootstrapping* ontológico” —un proceso que, como ha mostrado la epistemología genética moderna (Piaget, 1970), comienza muy atrás, casi en el momento mismo de nuestro nacimiento.

La noción de objeto social que aquí propongo resulta mucho más afín a la concepción constructivista de los objetos físicos como “tokens for (eigen-) behaviors”, formulada por Heinz von Foerster (Foerster, 2003). Desde la perspectiva que asume la citada concepción constructivista, los objetos no son en absoluto objetos en el sentido usual del término (no son realidades macizas y auto-subsistentes, que existen en sí y por sí); sino que son índices (supuestos orientativos) de procesos (cognitivo-prácticos) del sujeto. Un sujeto que, en realidad, “construye” con su acción tales “objetos”. No es posible elaborar más la idea en este lugar. Baste decir que tiene evidentes conexiones con el constructivismo cognitivo-práctico representado por la epistemología genética de Jean Piaget (Piaget, 1978), a la que ya nos hemos referido. Una de las actitudes más desconcertantes que comparten la mayoría de los sociólogos teóricos, es el relativo desapego, rayano en el desprecio, que muestran hacia el constructivismo cognitivo-práctico de corrientes como la piagetiana. ¿Por qué un enfoque que parece funcionar razonablemente bien para explicar la *construcción* del mundo físico por la mente del niño, no habría de servir también, aplicado con las modificaciones pertinentes, para dar cuenta de la construcción del mundo social por esa misma mente? Dejo la pregunta en el aire, pues elaborar una respuesta adecuada a ella se sale del objeto de este artículo.

Como he avanzado ya, cada modelo de sociedad puede concebirse como una estructura articulada por medio de un conjunto peculiar de (tipos de) *objetos sociales*. Así, las sociedades tribales se estructuran, básicamente, a través del objeto social primordial que son *las relaciones de parentesco*. Obsérvese que las relaciones de parentesco, como tales, son un objeto social, *no* una institución social. En general, los objetos sociales constituyen *matrices institucionales*: son la base sobre la que

toman cuerpo determinadas instituciones, pero no son las instituciones mismas. Las relaciones de parentesco son, en este sentido, el soporte objetivo de los *sistemas de parentesco institucionalizados* que generan las diversas sociedades humanas. Pero esas relaciones, en sí mismas, son previas a tales sistemas, y pertenecen a un nivel ontológico distinto (un nivel más profundo de realidad, enraizado en la etología y el equipamiento cognitivo natural de nuestra especie: sencillamente, y como les ocurre al menos en parte a otros primates cercanos a nosotros, somos conscientes, por naturaleza y de por vida, de algunas relaciones de parentesco, sobre todo la materno-filial).

Otro tanto ocurre con objetos sociales tan fundamentales como el *nombre* personal. No hay sociedades en las que los individuos humanos no reciban un nombre personal, aunque ese nombre pueda gestionarse institucionalmente de muchas maneras en las diversas sociedades y culturas. Por consiguiente, el nombre personal, en su entraña más profunda, no sería un rasgo cultural, sino un objeto social universal, presente en todas las formaciones sociales humanas. Lo que sí sería un rasgo cultural o, si se prefiere, una realidad institucionalizada, sería el “mecanismo de asignación y gestión” de los nombres personales (que puede ser muy distinto según países y épocas históricas⁶).

La misma actividad productiva de una sociedad puede entenderse como un complejo objeto social. Ese objeto sería la base a partir de la que se generarían y articularían las correspondientes instituciones productivas; pero la actividad productiva sería previa, en tanto que objeto social básico (o, mejor, en tanto que sistema de objetos sociales relacionados), a cualquier forma de institucionalización que llegue a adoptar. Ese objeto social básico se sitúa en un nivel ontológico distinto al institucional, y más profundo (así, por ejemplo, el esquema productivo cazador-recolector puede con-

6 Por ejemplo, en España el sistema institucionalizado de asignación de nombres no comenzó a formalizarse legalmente hasta comienzos del siglo *xvi*, por obra del Cardenal Cisneros: “En la Edad Media no se heredaba el apellido, hasta que en 1501 Cisneros mandó que los castellanos pusiesen su primer apellido paterno y su segundo apellido materno” (López de Zuazo, 2007).

siderarse como un objeto social, sin duda complejo, sobre el que han podido elaborarse marcos institucionales muy diversos). Desde este punto de vista, un análisis de los objetos sociales de una sociedad se situaría en un plano previo y más hondo que el de cualquier análisis cultural-institucional.

Para volver a un ejemplo ya empleado, el *saludo* sería, según la perspectiva que aquí se postula, un objeto social que puede institucionalizarse de muy variadas formas, pero que precede y subsiste a todas esas institucionalizaciones. En realidad, y como ya se ha apuntado, se trata de un objeto social universal, que se da, de una manera u otra, en todas las sociedades humanas (e incluso en las sociedades que constituyen los animales más cercanos evolutivamente a nuestra especie).

El “enfoque objetual” que aquí se propone puede entenderse, en cierto modo, como una extensión radical del punto de vista propio del materialismo histórico de Marx. Lo malo del diseño conceptual marxiano no fue, en realidad, su insistencia en la importancia sociogenética de lo que Marx denominó la “base” estructural de las sociedades, sino la visión puramente económica que tuvo de esa base (Marx, 1859). La concepción de la misma como constituida por todo tipo de ‘objetos sociales’, y no solamente por “objetos económicos”, habría permitido dar cuenta, con una alta dosis de maleabilidad teórica, de la emergencia a partir de dicha base del plano propiamente cultural-institucional de las sociedades humanas. (Recuérdese que este es un plano que en la concepción de Marx queda relegado a la condición subordinada de depósito de superestructuras variadas, de la política al arte, pasando por la religión.) No cabe aquí elaborar más este punto, pero sería bueno conceder alguna oportunidad al desarrollo de un posible “materialismo objetual” capaz de incorporar a la teoría sociológica los mejores hallazgos que ha cosechado la perspectiva constructivista a lo largo del último siglo.

Pero sigamos con nuestro argumento principal. Si las sociedades más antiguas se articulan mayormente por medio del objeto social parentesco, las sociedades estratificadas premodernas se estructuran por medio de objetos sociales característicos, como son las relaciones de dependencia personal (ser “el hombre de” tal o cual señor, como

se asumía en la relación de vasallaje) y algún tipo de diferenciación estamental. Por su parte, las sociedades industriales se estructuran por medio de objetos sociales también típicos, como son las relaciones generalizadas de mercado (o las relaciones generalizadas de producción/distribución imperativo-estatal, en el caso de sociedades de economía centralmente planificada), las organizaciones formales, los medios de comunicación de masas y las modalidades complejas de encuadramiento político-institucional que son propias de las formaciones sociales delimitadas por los Estados nación modernos.

Debo señalar, por último, que el concepto de “objeto social”, según he descubierto no hace mucho, está comenzando a ser utilizado por otros autores, sobre todo en el ámbito del “marketing” (Engeström, 2005). Su empleo en ese contexto reviste un sentido hasta cierto punto resonante con el que aquí se acaba de bosquejar. Creo, sin embargo, que la perspectiva epistémica que guía ese uso es bastante diferente de la que aquí se asume⁷.

Objetos sociales como los mencionados en esta sección cumplen una función *constitutiva* en relación con sus correspondientes sociedades. Es decir, esas sociedades se articulan como tales gracias a, y a través de, esos objetos, que inducen en ellas la estructura que las define como sociedades de uno u otro tipo. En realidad, esos objetos son los que, más que otra cosa, “recortan” y delimitan, de manera peculiar y diferenciada, las sociedades en cuestión, distinguiéndolas de otras en el espacio geográfico y en el tiempo histórico. Además, y desde un punto de vista epistémico, los objetos sociales señalados debieran suministrarnos el elemento conceptual básico que habría de servirnos como hilo conductor en el proceso de comprender, en términos propiamente sociológicos, tales sociedades.

Conviene añadir también que los objetos sociales que nos ocupan son, por una parte, “objetivos”.

7 Como ilustración del asunto, cito el artículo “Social objects” de la Wikipedia en inglés (http://en.wikipedia.org/wiki/Social_objects): “**Social objects** are objects around which social networks form. The concept was put forward by Jyri Engeström in 2005 as part of the explanation of why some social networks succeed and some fail” (Engeström, 2005).

Ahora bien, en general no tienen el tipo de objetividad propia de los objetos físicos, sino que gozan más bien de una suerte de objetividad formal, inmaterial, similar a la que tiene cualquier idioma considerado como *langue* en el sentido de Saussure (Saussure, 1985). Desde la perspectiva teórica de este autor, una lengua no sería sino un sistema formal de distinciones contrastantes. No consistiría, por tanto, en un objeto físico (si bien tendría una base física, proporcionada por su fonética), pero sí sería una realidad objetiva, aunque en un sentido inmaterial y puramente formal.

Si por un lado los objetos sociales que estamos dilucidando son objetivos en el sentido recién indicado, por otro son realidades subjetivas. Y ello en la medida en que actúan —y se modifican— a través de sus representaciones mentales —de carácter pragmático, más que teórico— en los sujetos sociales. Pues son en definitiva estos sujetos los que con su acción e interacción personalísimas dan vida a las sociedades que los indicados objetos articulan (en este sentido, y para expresarlo mediante la distinción que propone Saussure en la obra citada, los objetos sociales tendrían no solo la condición de *langue*, sino también la de *parole*).

Por último, es evidente que los objetos peculiares de un cierto tipo de sociedad (una de naturaleza tribal, pongamos por caso) siguen existiendo de algún modo en sociedades más complejas (de carácter estratificado premoderno, digamos). Pero, en general, los objetos sociales dominantes en una sociedad son los propios del estadio más avanzado de desarrollo que ha alcanzado tal sociedad. Así, por ejemplo, en una sociedad moderna la lógica del Estado nación, del mercado y de las organizaciones tiende a imponerse sobre la lógica del parentesco y de los vínculos de dependencia personal.

Por lo que se refiere a estas realidades sociales constitutivas que, desde la perspectiva que propongo, son los objetos sociales, cabe asumir el principio epistémico siguiente: comprender una sociedad particular desde un punto de vista propiamente sociológico no es otra cosa que clarificar los objetos sociales característicos que articulan esa sociedad y que configuran, en su interrelación y en su concreción cultural-institucional, la estructura (tanto objetiva como subjetiva) de esta.

En este punto conviene señalar, de manera forzadamente sucinta, que la concreción cultural-institucional de un sistema de objetos sociales puede concebirse como un nivel estructural emergente acoplado a ese sistema de objetos, a los cuales podemos considerar como “primarios”. Tales objetos sociales primarios, en determinadas *boundary conditions* (condiciones de contorno) del hecho interactivo —digamos, en el campo del intercambio de bienes en un cierto mercado, o en el campo de las dinámicas de poder en un determinado grupo humano— suscitan *procesos recursivos* a los que se incorporan no solo otros objetos y entornos interactivos, sino también sujetos sociales adicionales y peculiares. Es a través de esta articulación recursiva, de carácter complejificador y expansivo, como se generan dinámicas institucionales y, en definitiva, instituciones plenamente desarrolladas.

Por ejemplo, la relación interactiva de *ego* con su coche, considerado como objeto social primario, define y utiliza ese objeto como puro medio de transporte; o lo que es lo mismo, tal relación atendería solo a las posibilidades técnicas del vehículo en cuestión (y a las características de la calzada por la que ha de circular). En tanto que la relación de *ego* con su coche, considerado como “objeto secundario”, institucionalizado, vendría definida por un entorno de recursiones interactivas más amplio. En ese entorno, el uso del coche dependería de unas condiciones de “contorno interactivo” que podrían incluir, entre otros, fenómenos como las “expectativas de circulación” de los demás conductores, la vigilancia policial y sus previsibles consecuencias, etc. Son estas condiciones de contorno las que estabilizan determinados “valores-objetivo” (no perder puntos en el carné, pongamos por caso) que apuntan más allá del objeto social primario en cuestión. En la medida en que esos valores-objetivo son asumidos no solo por *ego*, sino también (en la realidad o según cree *ego*) por la mayoría de los *alteres* que con él interactúan en la situación así definida, tales valores entrañan la emergencia de normas sociales de carácter institucional.

Desde este punto de vista, la concreción cultural-institucional de un sistema de objetos sociales constituye un nivel específico de la estructura social. La objetividad social, en efecto, estaría constituida

no solo por un nivel básico de objetos sociales primarios, sino también por un ulterior nivel emergente elaborado sobre el anterior y de carácter cultural-institucional. La diferencia entre esos dos niveles estriba en que mientras la relación de los agentes sociales individuales con los objetos sociales primarios es en cierto modo inmediata (así ocurre, por ejemplo, con la relación entre cada conductor y su coche, o entre cada madre y cualquiera de sus hijos), la relación de esos agentes con los objetos secundarios, institucionalizados, depende de las condiciones de contorno interactivo de esa relación anterior. En general, los objetos sociales primarios resultan reciclados —y complejizados— cultural e institucionalmente, en un proceso recursivo que lleva no solo a la modificación de tales objetos, sino también al surgimiento de otros nuevos.

Una teoría general de los objetos sociales debería iluminar la indicada distinción entre, por una parte, el sistema de objetos interactivos primarios y, por otra, el sistema emergente de objetos sociales institucionalizados construidos sobre la base de los anteriores. Los objetos sociales primarios son referentes inmediatos de la interacción social, en tanto que los objetos secundarios, institucionalizados, son referentes de esa interacción, pero también de entornos sociales más amplios, constituidos por *recursión interactiva*. Esta partiría del resultado tanto objetivo como subjetivo de una interacción previa, y procedería a reciclar ese resultado convirtiéndolo en “input” de ulteriores interacciones. Los consiguientes objetos secundarios se constituyen, pues, como realidades más amplias y complejas, capaces de modificar (de sobredeterminar) los propios objetos que llamamos primarios y que constituyen su base.

A este respecto cabe postular que son los objetos sociales primarios los que —para expresarlo mediante un archiconocido giro de Marx— “determinan en última instancia” la emergencia de los objetos sociales secundarios, institucionalizados. Y determinan estos últimos en el siguiente sentido, tal vez mínimo, pero decisivo: proporcionándoles la “semilla de recursión” (el valor inicial) que luego hará fructificar y elaborará, en formas tan variadas como imposibles de prever, el específico entorno interactivo que impulse el despliegue cultural-institucional de cada objeto social primario.

De acuerdo con el principio que se acaba de formular, comprender la sociedad global que está emergiendo de manera acelerada ante nuestros ojos exigiría, ante todo, *determinar cuáles son los objetos sociales definitorios de esa sociedad*. A este respecto, parece claro que los objetos sociales propios de la naciente sociedad global no son, desde luego, las relaciones de parentesco o de dependencia personal. Mas tampoco son aquellos que han sido característicos de la sociedad moderna, como las relaciones político-institucionales dentro del Estado-nación, o las organizaciones formales. ¿Cuáles son, entonces, esos objetos constitutivos de esta sociedad global que, según un acopio de indicios cada vez más amplio, parece hallarse ahora mismo “in statu nascendi”?

LOS NUEVOS OBJETOS-MUNDO SOCIALES: PRESENTACIÓN Y PRIMERA DISCUSIÓN DEL CONCEPTO

Desde el punto de vista aquí asumido, y que se explicará en lo que sigue, esos objetos sociales definitorios de la nueva sociedad global son los que denominaré *Objetos-Mundo Sociales*. Estos son *objetos de dimensión planetaria* que, en su mayoría, han comenzado a aparecer en los últimos decenios y que están proporcionando al proceso globalizador no solo un impulso decisivo, sino también una encarnadura social cada vez más omnipresente, densa y articulada. Por ello, pueden considerarse como los auténticos *vectores* del proceso de globalización. (En el uso que aquí hago de él, entiendo el concepto de “vector” en su significado más originario: un “vector” —del verbo latino “veho”, transportar y/o conducir— es algo que conduce y transporta cierta realidad de un sitio a otro. Los vectores que nos interesan y ocupan conducirían determinadas realidades sociales de un lugar a otro. A saber, de estar localizadas en un espacio más o menos local, pero en todo caso preglobal, a ser emplazadas y acomodadas en un espacio propiamente global; y ello a través de un proceso impulsado por los referidos vectores. Estos, asimismo, modificarían profundamente tales realidades en

su tránsito y transformación desde su posición preglobal a su ubicación global.)

En efecto, si el fenómeno de la globalización ha adquirido últimamente ese impulso irresistible que constatamos, es porque en la actualidad dispone de unos instrumentos a su medida, que son los indicados *objetos-mundo* sociales. Estos objetos-mundo, capaces de actuar a la vez como motores y como correas de transmisión del proceso globalizador, se han venido articulando desde los años noventa gracias sobre todo al impulso de las llamadas TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación⁸) y en especial de su presente antonomasia, Internet. En la medida en que la mayoría de esos objetos solo han adquirido una dimensión y una dinámica genuinamente globales a lo largo de las últimas décadas, o, en todo caso, han sido poderosamente potenciados y modificados por el propio proceso globalizador de los últimos tiempos, bien pueden merecer el calificativo de “nuevos”. De ahí que opte por usar la expresión “Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS)” para referirme a ellos. Repárese, sin embargo, en que el calificativo “nuevo”, rectamente entendido, lleva siempre una fecha de caducidad, por lo general indeterminada. Todo lo nuevo deja de serlo en algún momento: bien cuando se convierte en consuetudinario, bien cuando una novedad posterior desplaza aquello que hasta ese momento se consideraba “nuevo”.

El concepto de “objeto-mundo” (*objet-monde*) ha sido propuesto hace ya algún tiempo por Michel Serres. Así es como este autor francés presenta, en su inimitable estilo, ese concepto:

A objetos locales, sociedades variopintas; a objetos globales, humanidad unitaria. He aquí lo que dirían un realista o un materialista consecuente. Estos nuevos objetos [...] nos

conciernen, nos inquietan, nos hacen frente, nos agrupan. Primera novedad: ya no se trata de los mismos objetos; segunda novedad: ya no se trata del mismo “nosotros” (Serres, 2006: 124).

Los objetos-mundo que pone como ejemplo Serres son muy diversos: el clima del planeta, la contaminación, los sistemas globales de comunicación, los arsenales nucleares, las biotecnologías... De acuerdo con la interpretación que se postulará en este trabajo, los objetos-mundo son, en general, *objetos que definen su dinámica como un sistema unitario a escala planetaria*. Creemos que sobre la base de la intuición de Serres, y de la anterior definición, es posible elaborar una concepción de tales “objetos-mundo” que sea, a un tiempo, teóricamente clarificadora y sociológicamente manejable —a la par que fértil.

Analicemos pues algunas implicaciones de esta primera definición del concepto de “objeto-mundo”. Los objetos-mundo serían, en primer lugar, sistemas y no meras agregaciones de elementos. Por “sistema”, en un sentido mínimo del concepto, entenderemos, en primer lugar, un conjunto de elementos y de relaciones específicas y selectivas entre tales elementos. Además, esos elementos y relaciones poseen una *dinámica* —es decir, unos y otras cambian en el tiempo, y lo hacen, al menos en parte, como consecuencia de la existencia de vínculos causales entre ellos. Son estas vinculaciones causales las que en principio sostienen la indicada dinámica.

Además, es justamente la dinámica de los sistemas en cuestión la que estabiliza de algún modo el conjunto de sus elementos y relaciones constitutivas. Y es ella, por consiguiente, la que configura tales sistemas como objetos con una identidad reconocible y una existencia relativamente prolongada en el tiempo. De manera que los elementos y relaciones del sistema son los que sostienen la dinámica del mismo; pero, a su vez, es esa dinámica la que de un modo u otro produce, estabiliza y reproduce el referido sistema (o lo que es lo mismo, el referido objeto).

En efecto, el hecho de que estos sistemas mantengan su identidad en el tiempo, pero lo hagan no de manera estática, sino dinámica y, como veremos, abierta, revela que están dotados de una cierta capacidad *autoprodutiva* y *autorreproducti-*

8 Estas tecnologías, en realidad y como se está haciendo cada vez más evidente, no solo potencian extraordinariamente los procesos de información y comunicación en nuestras sociedades: también son poderosas tecnologías habilitadoras de nuevas formas de interacción entre los individuos y los grupos sociales, así como de esquemas inéditos de organización social. Véase Navarro y Ariño (2015).

va⁹. Esta capacidad no debe entenderse “biológico modo”, sino al modo social. Y, en este sentido, conviene subrayar que, en general, la producción y reproducción de los objetos sociales —y no solo de los NOMS— se realiza, esencialmente, por medio de la *activación pragmática* de tales objetos en el curso de la acción de (o de la interacción entre) los agentes que los usan. (Así, la producción y reproducción del objeto social “saludo” se realiza a través de los innumerables actos de saludar que se dan en la vida social, y que por lo general involucran a dos o más agentes.)

Los sistemas que comentamos —los NOMS, pero también los objetos sociales en general— son de algún modo sistemas capaces de renovarse permanentemente a sí mismos sin por ello disolverse como tales sistemas, perdiendo su individualidad. De hecho, esa individualidad reconocible y esa permanencia en el tiempo es lo que posibilita el estudio de esos sistemas, al convertirlos en objetos epistémicos estables y manejables. La identidad propia de los NOMS tiene por consiguiente un carácter abierto: a lo largo de su existencia estos sufren cambios, tanto en su constitución interna como en sus relaciones externas; son sistemas que pueden integrar nuevos elementos y nuevas relaciones, así como desprenderse de, o sustituir, elementos y relaciones que los constituían previamente. Pueden, incluso, dar pie a la emergencia en su seno de realidades radicalmente novedosas (es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando el NOMS “Web de los documentos”, o “Web 0.1”, dio paso al NOMS “Web interactiva” o “Web 0.2”). Y aun así, es la mencionada estabilidad —que no estaticidad— de la que están dotados los sistemas en cuestión la que permite considerarlos en cada momento como estados sucesivos de un mismo objeto —como puntos pertenecientes a una única trayectoria evolutiva, la del sistema de que se trate.

9 Los conceptos de “autoproducción” y de “autorreproducción” se expresan en el lenguaje sistémico mediante términos específicos, como “autopoiesis”, “self-sustaining systems”, “self-maintaining systems”, etc. No entraré a debatir aquí los significados precisos de esos términos. Solo diré que su aplicación en el campo de las ciencias sociales produce a menudo resultados clarificadores (véase, por ejemplo, Kranton, 1996).

En resumen, los objetos-mundo a los que nos referimos son realidades relativamente estables —y, por ello, identificables y analizables como unidades epistémicas—, pero de ningún modo estáticas; tienen ciertas capacidades autoproductivas y autorreproductivas; pueden crecer y evolucionar por integración/eliminación/sustitución de elementos, de relaciones y de dependencias causales; pueden, asimismo, constituir la base de inéditas realidades emergentes. Y, por último, son capaces de establecer relaciones creativas con su entorno, y, en especial, con otros objetos análogos presentes en ese entorno. En suma, los objetos-mundo que estamos describiendo están dotados tanto de *plasticidad estructural* (de la capacidad de modificar y hacer evolucionar su estructura interna de elementos, relaciones y dependencias causales) como de *plasticidad ecológica* (de la capacidad de entablar relaciones inéditas con su entorno).

Los objetos-mundo que nos ocupan vienen definidos además por su condición no solo de sistemas, sino también de “sistemas unitarios a escala planetaria”. Esto quiere decir que esa su condición de sistemas se realiza en un ámbito único y máximamente abarcador, que cubre el planeta entero. Este punto es importante para diferenciar nuestro concepto de objeto-mundo de otros con los que se podría confundir fácilmente. Consideremos el ejemplo, ciertamente gigantesco, de la Revolución Neolítica (RN). Sin duda, y en primer lugar, esta revolución constituyó un macro-objeto social —en el sentido que se dio a la expresión “objeto social” en la sección anterior— de enorme trascendencia: el cultivo de plantas y la cría de animales (entre otros avances también importantes) se convirtieron, gracias a la RN y en aquellas sociedades afectadas por tal revolución, en presupuestos objetivos fundamentales de la acción humana. Además, el proceso de la RN tuvo unas dimensiones genuinamente planetarias: fue un proceso que, en el curso de unos cuantos milenios, difundió la agricultura y la ganadería por casi todas las regiones del globo, y convirtió en minoritarias —o en secundarias— la caza y la recolección como formas básicas de subsistencia de las sociedades humanas.

Sin embargo, la RN no constituyó —ni podía constituir— un objeto-mundo en el sentido que

aquí damos al término. Y no lo hizo porque esa revolución nunca se configuró como un sistema *unitario* a escala planetaria, ni siquiera a escala regional. Fue, más bien, un proceso de difusión espacio-temporal de sistemas locales hasta cierto punto similares pero casi enteramente desconectados entre sí, o solo conectados por relaciones de contacto directo, pero de ningún modo articulados a través de relaciones de alcance global. En otras palabras: la RN fue un proceso de *difusión global* de una familia de objetos sociales (el cultivo de plantas, la cría de animales, etc.) estructurados como sistemas productivos concretos de manera casi totalmente local. No fue un proceso de articulación global de un único objeto convertido en sistema unitario por medio, justamente, de esa articulación a escala planetaria. La RN, por lo tanto, fue un *objeto social difundido globalmente* a través de infinidad de especímenes locales. En este sentido, no constituyó un *objeto-mundo* en la acepción particular que aquí se está dando a la expresión.

DISTINTAS CLASES DE OBJETOS-MUNDO

Una vez que disponemos de una primera caracterización conceptual de la categoría objeto-mundo, y antes de discutir las distintas clases de tales objetos que pueblan nuestro presente, conviene puntualizar lo que entendemos por *mundo* en este contexto. El “mundo” al que nos referimos cuando hablamos de “objetos-mundo” es simplemente el planeta Tierra y sus alrededores, en la medida en que estos nos influyen de modo apreciable a los humanos. En general, cuando hablamos de “objetos-mundo” podemos pues ignorar gran parte del universo, y centrarnos en la Tierra y su creciente “halo antrópico” (representado, por ejemplo, por el enjambre de satélites artificiales, sondas, etc., con el que estamos empezando a colonizar nuestra *circum-stantia* como planeta).

Pasemos ahora a distinguir entre varias grandes clases de “objetos-mundo”, entendidos según se ha avanzado más arriba, es decir, en tanto que “objetos que definen su dinámica como un sistema unitario a escala planetaria”.

En primer lugar estarían los “objetos-mundo naturales”. Estos son realidades físicas (y, más específicamente, geofísicas) que existen y se estructuran a escala planetaria, pero sin una intervención significativa del ser humano. Un ejemplo de tales objetos-mundo puramente naturales lo suministraría el *campo magnético terrestre*, el cual, ni parece ser influenciado por la actividad humana, al menos hasta ahora, ni influye demasiado en los humanos (mientras mantenga más o menos sus características actuales y siga protegiéndonos de la radiación espacial). Es evidente que estos objetos-mundo naturales, en la medida en que no tengan repercusiones apreciables en la vida de los humanos y de sus sociedades, apenas revisten interés desde un punto de vista sociológico.

Por otra parte estarían los “objetos-mundo artificiales”: son realidades de dimensiones asimismo planetarias, pero conformadas, de manera en parte intencional, por la acción humana. Podemos concebirlas como objetos creados a propósito —hasta cierto punto al menos— por el ser humano. Por ende tienen una génesis y un modo de operación inevitablemente sociales. A través de ellos interactúan y colaboran numerosos agentes individuales y colectivos; pero, característicamente, se concretan en artefactos —materiales, pero asimismo inmateriales, como la familia de protocolos TCP/IP que subtiende y hace posible Internet— de dimensión global. Un ejemplo de esos objetos-mundo artificiales lo proporcionaría la red telefónica mundial, la “Red Global” (Global Network) de Internet o la propuesta, todavía no enteramente llevada a efecto, de un “Integrated World Electric Power Grid” (Red Eléctrica Integrada Mundial), que fue realizada hace ya más de 30 años por el tecnólogo y visionario Richard Buckminster Fuller (Fuller, 1981: 202 y ss.). Es un hecho que, cada vez más, el planeta entero está siendo recubierto y, por así decirlo, “cosido”, por sistemas artificiales (de comunicación así como de transporte de energía, de bienes materiales de toda clase, y de personas) que, tendencialmente, se están constituyendo en auténticos objetos-mundo de dimensión planetaria. Con toda probabilidad, esos objetos-mundo artificiales van a seguir consolidándose, haciéndose más densos y adquiriendo mayor “capacidad de carga”, de tal manera que afectarán

e integrarán en su operación a un porcentaje cada vez mayor de la población mundial. Es evidente que estos objetos-mundo artificiales influyen poderosamente en la vida social humana, siquiera sea de manera indirecta, y por ello merecen ser examinados desde un punto de vista sociológico.

Hay una tercera clase de objetos-mundo; son los que no tienen ni un carácter natural, ni un carácter artificial en el sentido que se acaba de indicar (si bien implican en su constitución y funcionamiento factores tanto naturales como artificiales). Son objetos que exhiben una naturaleza que podemos considerar como *propia* social: se trata de objetos que se constituyen en relación con cierta conducta social propia de amplios colectivos humanos. Y lo hacen justamente en la medida en que tal conducta depende, básicamente, de actitudes y configuraciones cognitivo-pragmáticas asumidas por los individuos que integran los colectivos en cuestión. Estos objetos son, o bien realidades resultantes de la conducta de esos individuos, o bien precondiciones de la misma. Un ejemplo de tales objetos sería la dinámica demográfica global. Otro, el sistema mundial de valores, considerado en su estructura y evolución.

Cabría conjeturar, en efecto, que tanto la dinámica demográfica global (que claramente es, al menos en parte, resultado de ciertas conductas humanas en la esfera reproductiva) como la evolución del sistema mundial de valores (unos valores que son sin duda una precondición y un elemento encauzador de la conducta social humana) podrían constituir genuinos objetos-mundo. Esto sería así en la medida en que ambas realidades pudieran contemplarse, aunque nada más fuera como hipótesis, en tanto que *objetos que definen su dinámica como un sistema unitario a escala planetaria* (Batini, Callen y McKibbin, 2006; Inglehart y Welzel, 2006; Díez Nicolás, 2011). Por eso sería razonable considerarlos en calidad de, como poco, *candidatos* a ser analizados como tales objetos-mundo. ¿Cómo es posible que los fenómenos demográficos globales, tan diversos, puedan concebirse como constitutivos de un único objeto-mundo? Solo tiene sentido abordarlos de este modo si, en efecto, esos fenómenos expresan, en esencia, las mismas tendencias, aunque con grados diversos de intensidad, y describen similares trayectorias, aun si las distintas poblaciones humanas se

localizan, temporalmente, en puntos diferentes de esas trayectorias. Confirmar que esto es así, o no, es una cuestión empírica que no se puede responder por adelantado. Pero la apuesta epistémica consistente en estudiar la dinámica demográfica global como si se correspondiera con la de un objeto-mundo podría resultar ciertamente productiva.

Algo similar puede decirse por lo que respecta al sistema mundial de valores. Este sistema podrá reclamar la condición de objeto-mundo si se logra evidenciar empíricamente que su evolución parece obedecer a tendencias comunes y sigue trayectorias similares de una región a otra del mundo, y ello aunque la intensidad de esas tendencias varíe, y las trayectorias de esas regiones no estén enteramente sincronizadas.

Además de las tres clases anteriores de objetos-mundo (los naturales, los artificiales y los propiamente sociales), hay un cuarto género de objetos-mundo que está adquiriendo una relevancia creciente en los últimos tiempos. Me refiero a los “objetos-mundo naturales *modificados antrópicamente*”. Aunque estos objetos están encarnados materialmente en el mundo físico y/o biológico, también poseen una dimensión social, pues la modificación antrópica a la que están sometidos depende de acciones, actitudes, esquemas cognitivo-pragmáticos, etc., que ciertos individuos y colectivos humanos asumen socialmente en el curso de sus interacciones. El ejemplo tal vez más obvio de tales objetos-mundo es el sistema climático terrestre. Es evidente que ese sistema, en sí mismo, es una realidad puramente geofísica y que como tal su estudio no corresponde a la sociología, sino a la climatología. Pero es también claro que las modificaciones que está experimentando el clima de la Tierra, al menos desde que la revolución industrial ganó impulso, son en buena medida resultado de la acción humana —tienen en parte una causa antrópica—. Son los individuos y las sociedades humanas las que, con su comportamiento desde hace más de un siglo, parecen estar en el origen de cambios climáticos de gran alcance y de dimensión planetaria, cambios que no se hubieran producido sin esa intervención humana.

Por eso, los indicados comportamientos individuales y colectivos —en definitiva, sociales— que

han sido al menos parcialmente causa de esos cambios, sí que pertenecen a la jurisdicción epistémica de las ciencias humanas y sociales, y muy principalmente de la sociología. De manera que, de un lado, los objetos-mundo naturales antrópicamente modificados son objetos de la naturaleza que deben ser examinados por las ciencias naturales pertinentes. Pero por otro lado son producto, o al menos consecuencia, de la actividad social humana, y merecen una investigación sociológica en este aspecto y condición. El examen de esta suerte de objetos-mundo acota pues un terreno en el que debiera ser posible una colaboración genuinamente transdisciplinar entre las ciencias naturales y las sociales.

DINÁMICA UNITARIA, CARÁCTER GLOCAL E INTERACCIÓN DE LOS OBJETOS-MUNDO CON SU MEDIO SOCIOCULTURAL

Recuérdese que, como ya se ha señalado en la sección anterior y para evitar confusiones que podrían desdibujar el concepto de objeto-mundo que aquí estamos intentando perfilar, es preciso distinguir estos objetos-mundo de los que podemos denominar “objetos sociales de difusión global”, como la Revolución Neolítica. Los objetos-mundo que consideramos propiamente tales no son objetos sociales de condición inicialmente local o regional, pero que se han llegado a difundir por todo el globo, en multitud de copias similares pero apenas conexas¹⁰. Son objetos sociales unitarios, aunque sus ejemplificaciones concretas sean locales. En otras palabras, son objetos genuinamente *glocales*: su constitución está determinada por factores directamente globales (que actúan a escala global, como por ejemplo la lucha por la competitividad en relación con el mercado planetario, o la tendencia a la autonomización del actor individual). Y ello aunque esos factores se entretrejan con otros locales (por ejemplo, el coste de la energía en un país, que afectará sin duda a la competitividad de los productos de este, pero dependerá

de circunstancias específicas como la normativa energética del país en cuestión, etc.).

Ese entrecruzamiento de factores globales con otros locales es el que produce las manifestaciones concretas, necesariamente localizadas, del objeto-mundo en cuestión. En el estudio de los objetos que nos ocupan habrá que tener en cuenta, por consiguiente, tanto el plano macroscópico, de alcance planetario, como el plano meso y micro —este último constituido por las concreciones particulares y propiamente locales de tales objetos.

Pero volvamos al segundo tipo de “objetos-mundo” que hemos distinguido, a los “objetos-mundo artificiales”. Estos, inevitablemente, se constituyen en y a través del medio sociocultural en el que surgen y en el que se difunden. En realidad, su éxito y difusión como artefactos depende de la aceptación que tengan en el medio social en el que toman cuerpo. Ese medio sociocultural suele guiar el desarrollo de tales objetos, los cuales a su vez contribuyen a remodelar el medio en cuestión.

Obsérvese, sin embargo, un hecho que a menudo pasa desapercibido: hay objetos-mundo artificiales que se hallan, por así decirlo, “tecnológicamente encapsulados”, en el sentido de que tienen una relación bastante somera con su entorno sociocultural. Piénsese de nuevo, como ejemplo, en la Red Eléctrica Integrada Global que parece hallarse ahora mismo en proceso de formación¹¹. Por un lado esa Red Eléctrica Global nos permitiría hacer, de manera más eficiente, básicamente lo mismo que hacemos con una red eléctrica de alcance local o nacional. En efecto, el carácter global o no de la red utilizada apenas afectaría a sus patrones de uso, o los afectaría solo en un sentido bastante superficial y de carácter más que nada económico (por ejemplo, si la red global proporcionase energía más barata, este hecho sería un aliciente para que subiera el consumo). Por otro lado, la mayor integración de una tal red facilitaría o dificultaría, habría que verlo, su control por ciertas compañías o naciones, etc. Pero el modo mismo de uso de dicha red global

10 Esta distinción entre “Objetos-Mundo Sociales” y “Objetos Sociales Mundializados” debe mucho a las observaciones al respecto de Emilio Lamo de Espinosa durante nuestra primera reunión plenaria como grupo de investigación, en enero de 2012.

11 Agencia EFE (2013). “Finaliza la perforación del túnel para la conexión eléctrica España-Francia” (en línea). <http://www.invertia.com/noticias/finaliza-perforacion-tunel-conexion-electrica-espana-francia-2846364.htm>, acceso 20 de febrero de 2014.

no parece que fuera a sufrir grandes alteraciones como consecuencia de su constitución.

A veces no se repara lo suficiente en que una característica que comparten numerosos objetos tecnológicos, sean globales o no, es su relativa insensibilidad a las circunstancias socioculturales de su uso. Objetos como el aire acondicionado o los modernos aviones de pasajeros se usan más o menos igual en todas partes, con independencia del entorno social y cultural de los usuarios. Desde luego, y como ya se ha apuntado, ese uso está fuertemente influido por otro tipo de factores, muchos de índole local, como el clima, las distancias que cubren los desplazamientos más demandados o la capacidad de compra de los usuarios potencialmente interesados; pero tal uso apenas resulta afectado por factores estrictamente socioculturales. Son muy minoritarios, si es que existen, los credos religiosos, las culturas o los estratos y grupos sociales que condenan el aire acondicionado o el uso de aviones. En este sentido, los referidos objetos tecnológicos tienden a convertirse en auténticos “universales socioculturales” de la modernidad, y como tales son uno de los instrumentos más poderosos del proceso globalizador. Esos objetos, en efecto, posibilitan y definen un “modo de vida civilizado” aceptado y demandado prácticamente en todas partes, con independencia de la morfología social y de la tradición cultural predominante en cada lugar.

Se diría pues que en el caso de ciertos objetos artificiales (como la naciente Red Eléctrica Integrada Global), posibilitados por determinadas tecnologías, el carácter global o no del objeto en cuestión apenas tiende a traducirse en efectos sociales de calado.

LOS NOMS SOCIOCULTURALMENTE ABIERTOS Y LA EMERGENCIA, EN RELACIÓN CON ELLOS, DE NUEVOS SUJETOS Y NUEVAS SUBJETIVIDADES SOCIALES

Por el contrario, hay otros objetos-mundo artificiales que generan poderosas realidades sociales emergentes, radicalmente innovadoras. Son objetos-mundo artefactuales, pero no encapsulados tecnológicamente sino, al contrario, *abiertos socialmente*. La “apertura social” de un objeto-

mundo artificial se demostraría en primer lugar por el hecho de que, a través de su empleo, los usuarios de tal objeto-mundo establecen relaciones con sujetos sociales con los que previamente apenas hubieran podido ponerse en contacto (en todo caso, a un coste asumible). Pero hay más: en segundo lugar esas relaciones suelen involucrar realidades que de ninguna manera habrían podido articular interacción alguna entre los sujetos sociales por ellas vinculados, de no ser por la existencia del objeto-mundo en cuestión. Me refiero a realidades como, por ejemplo, compartir con otros conductores, y en tiempo real, información acerca del estado del tráfico en nuestro itinerario, cosa que permite hacer una aplicación como *Waze*¹². Es evidente que ese hecho de compartir información en tiempo real, en un trayecto concreto, y tal vez con otros cientos de usuarios, acerca del estado de la circulación en el itinerario que seguimos, solo es factible mediante la aplicación en cuestión —u otra similar—, *que se constituye en base tecnológica de un objeto-mundo específico*.

De tal suerte que los objetos-mundo artificiales socialmente abiertos generan tanto una nueva dimensión interactiva (nuevas redes de interacción entre sujetos sociales que se relacionan precisamente a través de tales objetos) como también una nueva objetividad social (Nuevos Objetos-Mundo Sociales inéditos, que se articulan justamente por medio de esas interacciones). En el caso del ejemplo anterior, ese objeto-mundo social inédito podría denominarse *integración y redistribución por Internet de información colaborativa sobre el tránsito “in itinere”*, o, mejor, otro término menos engorroso, que seguramente se acuñará en inglés. Repárese en que, efectivamente, estamos hablando de un objeto-mundo, puesto que la información primariamente local —en realidad, multilocal— proporcionada por *Waze* o cualquier aplicación similar podría agregarse, sin demasiadas dificultades, hasta componer una imagen global del estado del tráfico a escala planetaria y en un momento dado.

Considérese, como otro ejemplo de objeto-mundo artificial socialmente abierto, el fenómeno del “couch surfing”. Escribo el término separado en

¹² <https://www.waze.com/es/>

dos palabras y en minúsculas para indicar que no me estoy refiriendo específicamente a la empresa Couchsurfing International Inc.¹³, sino al fenómeno genérico del *intercambio global de hospitalidad vía internet*, intercambio que ahora ofrecen ya varias plataformas. En este sentido genérico, el “couch surfing” se puede considerar no solo como una red de interacciones más o menos efímeras entre un conjunto de agentes sociales en continua renovación, sino también, y en segundo lugar, como un nuevo *objeto social* de dimensión planetaria —es decir, como un genuino NOMS—. Este NOMS sería el objeto social que, en su condición de “percha” semántico-pragmática, permite y sostiene, justamente, la indicada red de interacciones. La referida “percha” existe, por supuesto, no solo en virtud de los agentes sociales que la usan y activan como tal, sino también, y en tercer lugar, merced a la infraestructura tecnológica que aportan las diversas plataformas de intercambio global de hospitalidad ahora en funcionamiento, así como gracias a la infraestructura todavía más básica que proporciona la Web e Internet. Son esas infraestructuras las que, de hecho, posibilitan, inducen y guían la emergencia de la indicada red de interacciones entre los agentes sociales que, al activar tal red como usuarios, dan vida al fenómeno del “couch surfing”.

Además de todo lo dicho, y en cuarto lugar, NOMS como el que denominamos “couch surfing” generan *nuevas formas de identidad*, y en general de *subjetividad*, entre los usuarios que se relacionan a través de ellos. Ocurre, en efecto, que los individuos que practican actividades como el “couch surfing” no tienen más remedio que identificarse a sí mismos como “couch surfers” más o menos avezados. Pero ejercer de manera satisfactoria la condición de “couch surfer” suele entrañar para *ego* el tallado de una nueva faceta en su propia autoidentidad personal, y la remodelación de regiones enteras de su subjetividad. Esa remodelación afectará probablemente, entre otras cosas, a su forma de tratar con gentes de distinta filiación sociocultural. Solo mediante una tal remodelación podrá la subjetividad en cuestión alojar esa nueva dimensión identitaria que ahora hace suya, en condiciones de

mínima disonancia cognitiva, actitudinal y práctica. Pero sin duda la aludida transformación de la propia subjetividad engendrará cambios tanto en la auto percepción como en la heteropercepción personal de *ego* (en la percepción por *ego* de sí mismo y de los demás como personas), así como en los valores y normas que asume, etc.

Para aclarar este punto imaginemos, por ejemplo, que un posible “couch surfer” es fiel a una religión que desaconseja, restringe, o directamente prohíbe los contactos con “infieles”. Ese candidato a “couch surfer” tendrá probablemente que elegir entre reducir notablemente su espacio de posibles interacciones en relación con este objeto social (al que ya hemos aludido con el rótulo general de *intercambio global de hospitalidad vía internet*), limitando tal espacio a interacciones con correligionarios; o, por el contrario, habrá de avenirse a relajar sus preceptos religiosos al respecto. La “disonancia práctico-normativa” que mediará entre las opciones prácticas en principio deseables que ofrece el objeto social de que hablamos, por una parte, y el esquema de principios, normas y actitudes del referido creyente, por otra, se traducirá en cambios en la subjetividad de este: el creyente en cuestión, o bien rechazará como peligroso y nefando el objeto social que nos ocupa, o bien lo “sectarizará” (filtrándolo de tal modo que solo le ofrezca contactos con individuos religiosamente afines), o bien decidirá “flexibilizar” las estrictas normas en principio impuestas por su religión. Esta tercera opción equivaldría a una desestabilización y posterior reestructuración —de acuerdo con las nuevas circunstancias que hay que acomodar en un entorno práctico claramente modificado por el objeto social que nos sirve de ejemplo— de la subjetividad de *ego*. Es posible que esta tercera opción llegue a ser mayoritaria, en cuyo caso nos encontraríamos ante una transformación sustancial y de amplio espectro de la subjetividad de los usuarios del objeto social en cuestión —al menos de la de aquellos religiosamente afines a *ego*.

Los objetos-mundo “socialmente abiertos” (como parece ser el caso del “couch surfing”) tienen pues una notable capacidad para modificar, de manera más o menos directa, las prácticas sociales y las identidades, percepciones, etc., de los sujetos

13 <https://www.couchsurfing.org/>

individuales y colectivos que los emplean. Cabe incluso postular que los objetos-mundo artificiales en cuestión, dotados de un alto poder sociogenético, son una de las realidades que de manera más decisiva están transformando, en una dirección globalizadora, los parámetros de la vida social —y en concreto, el perfil de los fenómenos de comunicación e interacción tanto entre individuos como entre grupos sociales, así como la propia subjetividad de unos y otros.

Por eso, y desde el punto de vista sociológico que estamos asumiendo, entre los objetos-mundo que más nos interesan están los que, al menos en algún aspecto, tienen un carácter artificial y, a la vez, socioculturalmente sensible. Pensamos que es en esa interfaz entre determinados artefactos recientemente disponibles, por un lado, y el medio sociocultural (o los distintos medios socioculturales) que los está adoptando, por otro, donde comienzan a surgir y a desarrollarse las dimensiones inéditas de la socialidad humana —las nuevas formas de “nosotros”, para decirlo con la expresión de Serres— que van a ser propias de la era global.

LOS NUEVOS OBJETOS-MUNDO SOCIALES COMO ECOSISTEMA DE DISPOSITIVOS GENERADORES DE LA ESTRUCTURA SOCIAL PROPIA DE LA SOCIEDAD GLOBAL.

Los objetos-mundo que reúnen esos dos rasgos (base artificial innovadora e intensos efectos sociogenéticos en los medios socioculturales que los adoptan) son muy numerosos: incluyen desde la dinámica global del desarrollo científico y tecnológico a las nuevas dimensiones del mercado mundial (y especialmente de los mercados financieros, García Blanco, 2015), pasando por los espacios genuinamente globales de comunicación y generación de subjetividad e identidad social, ejemplificados por los megaeventos deportivos articulados a escala planetaria (juegos olímpicos, mundial de fútbol, etc.; véase en este número Llopis y García Ferrando, pp. 109-131).

Mención aparte merecen los objetos-mundo que tienen como tarea mediar, de algún modo, la producción y uso de información antrópica. Me estoy

refiriendo en especial a algunos de los objetos de alcance global que han empezado a cobrar vida en Internet, y que hemos ejemplificado con el análisis del fenómeno “couch surfing”. Como se ha apuntado, son estos objetos los que, en buena medida, están generando los nuevos “nosotros” —los nuevos sujetos sociales— a los que se refiere Serres. Esos novedosos objetos-mundo artificiales, especializados en tareas infocomunicacionales e interactivas, son los que especialmente, y de manera callada y casi invisible, comienzan a tejer las estructuras sociales inéditas que van prestando a la expresión “sociedad global” su significado más genuino.

La misma diversidad y sobreabundancia de los NOMS que están apareciendo un poco en todas partes, aconsejan una actitud de cautela a la hora de proceder a su abordaje teórico. En general, parece conveniente asumir unos criterios básicos que permitan operativizar la identificación tentativa de cierto campo de fenómenos como un NOMS. El problema aquí estriba en que cada NOMS —o cada familia de NOMS— se nos muestra como un objeto peculiar, con un grado y una forma de coalescencia, estructuración e institucionalización diferente. Hay algunos que apenas parecen ser otra cosa que dispositivos pragmáticos (articuladores de cierto género de acciones e interacciones), básicamente acéfalos y aparentemente desestructurados (o desestructurados principalmente por su característico “esquema procedimental”), dotados además de un grado de normativización y de institucionalización casi nulo. Es el caso de objetos-mundo muy especializados, como “Bitcoin”, el objeto-mundo “sistema de comunicación por correo electrónico”, o la misma práctica del “couch surfing” que hemos glosado más arriba.

Otros son objetos-mundo implícitos, que solo pueden mostrársenos mediante operaciones de “revelado epistémico” instrumentadas a través de encuestas u otras herramientas análogas. Este sería el caso de objetos-mundo como el “Sistema Mundial de Valores” o el “Sistema Demográfico Global”. Estos objetos-mundo no resultan constituidos alrededor de un objeto social nucleado por un artilugio tan “tangible” y nítido como “Bitcoin” o el Correo Electrónico. Se constituyen más bien como resultado del procesamiento por los individuos y

grupos sociales de multitud de influencias que, al ser digeridas no solo en el plano agencial, sino también en otros niveles de la persona, como el del inconsciente, modifican de forma en cierto modo coherente la subjetividad y la acción de los actores sociales involucrados. Lo que parece casi increíble es que ese conjunto de influencias aparentemente azarosas modifique la subjetividad y las acciones de los afectados de forma tan consistente como parece hacerlo. Se diría, a este respecto, que estamos ante una suerte de acoplamiento o sintonización ecológica que produce respuestas similares en millones de personas diferentes a lo largo y ancho de nuestro planeta.

Hay otros objetos-mundo, por fin, que ofrecen un aspecto más compacto y palpable, aunque también carecen de un artificio que los defina claramente. Son objetos-mundo como “el desarrollo de los derechos y el empoderamiento de las mujeres” (véase Díaz y González, en este número, pp. 89-108), que exhiben como elementos constitutivos, en primer lugar, *tendencias* sociales de larga duración y calado, que inducirían el surgimiento del NOMS de que se trate. Estos objetos-mundo están también constituidos por *actores* sociales de muy distinto tamaño y condición pero que, como agentes cognitivos y pragmáticos, prestan su encarnadura propiamente social al correspondiente NOMS. En tercer lugar, estos NOMS hacen suyos y desarrollan *programas* elaborados, en general de manera más o menos colaborativa, por los mencionados actores. Por último, tales NOMS suelen asumir *síndromes normativos* específicos que buscan lograr una proyección planetaria.

La pesquisa del grupo de investigación que expresa buena parte de sus hallazgos en este número (ver agradecimientos al final), se inscribe en una tradición ya bien nutrida de estudios sobre el fenómeno de la globalización. Este fenómeno ha sido analizado tanto en términos continuistas —a saber, como algo que no es sino una intensificación de un proceso que viene de lejos (Wallerstein, 1979)— como en términos discontinuistas —es decir, entendiéndolo en tanto que expresión de una nueva era sustancialmente distinta de la anterior (Castells, 1999)—. Diversos autores, por otra parte, enfatizan aspectos diferentes del fenómeno:

los aspectos propiamente históricos (Hobsbawm, 1995), los económicos (Stiglitz, 2007; Piketty, 2013), los políticos (Baylis, Smith y Owens, 2008), los tecnológicos (Mann, 2006), los que afectan a las formas de subjetividad social predominante (Inglehart y Welzel, 2006), a los modos de estructuración de la vida social (Giddens, 1990), a sus riesgos (Beck, 1998), a la relación de lo global con lo local (Robertson, 1992), a la dimensión comunicacional de la globalización (Tomlinson, 1991), a su aspecto informacional (Hobart y Schiffman, 2000), a su dimensión cultural (Appadurai, 1996), al significado sociológico de la “galaxia Internet” (Castells, 2001), a su dinámica de desarrollo (Berners-Lee y Fischetti, 2000), a la dimensión de género de la globalización (Gunewardena, 2008), a su relación con fases anteriores de la modernidad (Bauman, 2000), al papel de las ciudades globales en el proceso globalizador (Sassen, 2000), etc.

El elemento diferenciador de nuestro estudio respecto a enfoques como los aludidos, y el que puede aportar su particular valor añadido, es la categoría objeto-mundo, que pretendemos convertir en foco conceptual común de los fenómenos examinados. Como se ha subrayado desde el principio, asumimos la hipótesis central de que un objeto-mundo es un todo, provisto de una lógica interna que se expresa a través de una dinámica propia, distinta de la de otras realidades. Esa lógica, y esa dinámica, solo se pueden captar y describir adecuadamente si consideramos tal objeto-mundo como unidad fundamental de análisis, sin descuartizarlo ni confundirlo con otras vetas de la realidad.

Creemos que la noción de objeto-mundo constituye una categoría a la vez coherente y flexible. Por una parte, tiene suficiente grado de determinación como para delimitar y estructurar de manera autocontenida un cierto campo de fenómenos de alcance planetario. Por otra, puede aplicarse a ámbitos fenoménicos muy diversos, como intentaremos mostrar a través de la misma pluralidad de investigaciones específicas que incluye este monográfico.

La categoría objeto-mundo tiene un potencial heurístico considerable en dos niveles distintos de análisis. Puede, en primer lugar, clarificar la red de vínculos internos que articula cada campo de fenómenos delimitable a través de tal categoría. Pero,

además, permite iluminar las relaciones entre los diversos objetos-mundo existentes, pues estos, en efecto, se relacionan unos con otros de manera que puede ser a la vez intensa y sutil. En cierto modo, tales objetos-mundo forman *un ecosistema en el que se reproducen los unos a través de los otros*. Así, el objeto-mundo “economía global” se reproduce tanto por medio del objeto-mundo “sistema global de I+D+i” como a través del objeto-mundo “sistema global de comunicaciones”, entre otros. Los tres son objetos-mundo autónomos —cada uno dotado de una lógica propia— y sin embargo están estrecha y coherentemente relacionados. *La globalización, en esencia, no sería sino la progresiva potenciación y enriquecimiento del apuntado ecosistema.*

El ecosistema de los objetos-mundo constituiría *la estructura social propia de la globalización*. Esto no quiere decir que tal estructura sea la única existente en la naciente sociedad global (es indudable que en esta siguen estando presentes y actuantes, si bien modificados, niveles de la vida social previos al hecho mismo de la globalización). Pero el indicado ecosistema de objetos-mundo sí sería *la estructura hegemónica* de la sociedad global actualmente en desarrollo, al articular las relaciones sociales de largo alcance que sobredeterminan la evolución de esta.

Son muchas las realidades que pueden contemplarse provechosamente desde esta perspectiva de los objetos-mundo. Es imposible, en una primera investigación, incluirlas a todas. De lo que se trata, y más aún en una pesquisa exploratoria como la que se presenta, es de sondear un conjunto variado de fenómenos susceptibles de articularse según este enfoque, con el fin de realizar una primera valoración del rendimiento heurístico de la categoría objeto-mundo que aquí se postula.

Para terminar, conviene puntualizar lo siguiente: la relación de esta perspectiva teórica con las que han guiado algunas otras investigaciones anteriores, que es obvia en un sentido lato, resulta más bien tenue cuando se considera la especificidad de nuestra propuesta. Pues, que sepamos, la perspectiva de los objetos-mundo, tal y como aquí la articulamos, no ha sido utilizada de manera sistemática como instrumento de análisis sociológico del fenómeno de la globalización. La propuesta que

presentamos incluye, por ello, un cierto factor de incertidumbre en cuanto a sus resultados, ya que solo puede apelar a antecedentes en el fondo muy alejados de su espíritu, como la “World Dynamics” de J. Forrester (1973) o la teoría del sistema mundial de Wallerstein (1979), Arrighi (1994) y otros. Creemos, sin embargo, que a pesar de su relativa falta de antecedentes (o precisamente por ella) la apuesta heurística que aquí se propone puede dar resultados de interés. Los artículos que siguen no recogen sino una primera cosecha de tales resultados.

CONCLUSIONES

Del análisis precedente cabe extraer, como conclusiones provisionales, las que resumiremos a continuación. El fenómeno de la globalización está configurando un *nuevo tipo de estructura social*, distinta de la que ha sido propia de fases anteriores de la modernidad. Los elementos articuladores de ese nuevo tipo de estructura son los que denominamos Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS), que han aparecido en las últimas décadas impulsados sobre todo por las actuales tecnologías de la información, la comunicación, la interacción y la organización social.

Esos NOMS —que van desde instrumentos especializados de interacción como el “couch surfing” a estructuras tan complejas como el sistema financiero global— son *objetos que definen su dinámica como un sistema unitario a escala planetaria*. En ellos toman cuerpo nuevas formas de subjetividad humana y nuevos sujetos sociales. Por esta razón, se están convirtiendo en el fundamento objetivo, y en los vectores de propagación, de una nueva socialidad de dimensión global. El desarrollo de tales objetos, y las consecuencias sociogenéticas de ese desarrollo, se están así constituyendo en el motor principal del proceso de globalización.

La aplicación del enfoque NOMS a la investigación sociológica de vocación y base más empírica exigirá sin duda abordar un buen número de cuestiones teóricas, epistemológicas y metodológicas que aquí solo podremos esbozar. En primer lugar, el investigador interesado en concretar este enfoque habrá de hacer frente a un problema de demarca-

ción: ¿qué clase de fenómenos deben ser considerados como manifestaciones de un único NOMS, y cómo diferenciarlos de otros fenómenos que, aunque contiguos en algún sentido a aquellos, deberían ser más bien adscritos a otro u otros NOMS distintos del primero? Por ejemplo: ¿debemos considerar al conjunto de la economía global como un único NOMS, o bien sería mejor concebirlo como un trenzado de NOMS diferentes, entre los cuales estarían, digamos, el sistema financiero global, el sistema de desarrollo y difusión de la tecnología planetarizada actual, o el sistema de selección y circulación de las elites profesionales globalizadas?

La respuesta a este interrogante deberá basarse en una teoría específica sobre las relaciones entre los NOMS, teoría que aquí se podrá mínimamente plantear, pero no desarrollar. A este respecto, y como principio general, es aconsejable adoptar lo que denominaré “el enfoque bio-ecológico”. Este consiste en asumir que un sistema social capaz de estabilizarse como sistema por estar dotado de cierta coherencia autorreproductiva (una característica fundamental, como vimos, de los NOMS), puede ser un *elemento constitutivo* de otro objeto social dotado, asimismo, de capacidad autorreproductiva. Esto es lo que ocurre muy a menudo en los sistemas biológicos: en ellos, cada organismo —desde las bacterias a los humanos— suele incluir en su seno otros sistemas autorreproductivos —que van de virus a parásitos intestinales—. Y también ocurre con frecuencia que una entidad biológica autorreproductiva forme parte de algún otro sistema autorreproductivo —esto último es lo que le ocurre a cada célula de un organismo pluricelular, nosotros mismos sin ir más lejos.

De modo análogo, y ya en el plano ecológico más que en el estrictamente biológico, un ecosistema puede asimismo concebirse como un sistema autorreproductivo. Pero uno compuesto por la interacción de otros sistemas —también autorreproductivos— que son los organismos de las diversas especies constitutivas de ese ecosistema.

En general, el universo de los sistemas autorreproductivos tiende a configurarse como una compleja colección de muñecas rusas, cada una de las cuales puede incluir no solo una, sino tal vez varias matrioskas en cada uno de sus niveles inferiores.

También los objetos sociales en general, y los NOMS en particular, pueden concebirse desde esta perspectiva. Siempre que creamos haber detectado un NOMS, lo más probable es que ese NOMS forme parte de una colección de NOMS más amplios. Y, al mismo tiempo, es también probable que tal NOMS integre una colección de NOMS subordinados —aunque no meramente locales: estos NOMS de nivel inferior tendrían que ser subsistemas diferenciados, pero en todo caso planetarios, del NOMS de referencia.

El problema metodológico que plantea esta constitución ontológica compleja del universo de los NOMS estriba sobre todo en dos cosas: de un lado, en distinguir el campo de fenómenos que se va a postular, de entrada, como manifestación empíricamente abordable de un NOMS. Y, de otro, en establecer las concomitancias relevantes entre ese dominio fenoménico y el correspondiente a otros NOMS —subordinados, supraordinados o trans-ordinados (a la vez subordinados y supraordinados, lo cual también es posible) respecto del primero— que asimismo parezca razonable postular.

En todo caso, conviene subrayar que la existencia y características de un NOMS particular se manifiestan, en buena medida, a través de un “principio sinérgico” o de operación conjunta: cuanto más abundantes y elaboradas son las concomitancias entre un NOMS postulado y otros NOMS hipotéticos, más queda corroborado el carácter de NOMS de todos ellos, y en especial del inicialmente considerado tal.

A la hora de elegir un hipotético NOMS como objeto de estudio, habrá que balancear el “trade off” que se produzca entre varios elementos “evidencias iniciales sobre el carácter autorreproductivo del objeto”, “campo de fenómenos empíricamente manejables que más se ajustan a esas evidencias” —este campo delimitaría, al menos de entrada, el hipotético NOMS— y “conectividad entre ese dominio de fenómenos y aquellos otros correspondientes a posibles NOMS conexos con el primero”. Podrá darse el caso, por ejemplo, de que intuitivamente pensemos que una determinada realidad compleja —así, lo que podemos denominar “la economía global”— funciona como un

NOMS. Pero bien podría ser que nos encontráramos con que la base fenoménica de ese supuesto NOMS es tan abigarrada que resulta difícilmente abordable en conjunto y de manera directa. Por lo que quizá fuera aconsejable descender uno o varios peldaños en nuestra muñeca rusa, y centrar nuestra atención, digamos, en “el sistema financiero global” (como ha hecho García Blanco, 2015), que a todas luces podría considerarse como un (sub-) objeto-mundo contenido en (y entrelazado con) el NOMS “economía global” inicialmente considerado. Este descenso de nivel permitiría no solo iluminar un campo de fenómenos más manejable desde un punto de vista epistémico y empírico, sino descubrir conexiones insospechadas entre ese campo y otros también constitutivos, con toda probabilidad, del macro-NOMS “economía global”.

En términos generales, el método de acceso a los NOMS que se propone se encuadraría en el aparentemente inverosímil principio epistemológico del “bootstrapping” (elevarse en el aire tirando de las correas de las propias botas). Este método producirá a buen seguro incomodidad en muchos investigadores, que preferirán partir de un suelo predeterminado, sólido, circunscrito e inamovible de evidencias. Tales estudiosos probablemente se sentirán confusos y casi mareados ante la perspectiva de tener que habérselas con toda una caterva de imprevisibles matrioskas epistémicas. Pero, si bien se mira, el del “bootstrapping” es el método “natural” por excelencia. Al menos, es el que ha empleado la naturaleza para poner en movimiento ese monumental proceso de “elevarse progresivamente en el aire tirando de la propia coleta” que es la evolución biológica. No parece insensato intentar convertir tal método, asimismo, en guía epistemológica para las ciencias sociales.

AGRADECIMIENTOS

Este texto es una presentación resumida del enfoque teórico que anima el proyecto de investigación “Los Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS)”, financiado por la ayuda CSO2011-25942 del Ministerio de Economía y Competitividad, ayuda adjudi-

cada dentro del Plan Nacional de I + D + i (2008-2011), Programa de Investigación Fundamental, Subprograma de Investigación Fundamental no orientada. En este proyecto colaboran una docena de investigadores, principalmente españoles, procedentes de cinco universidades. Agradezco a los evaluadores anónimos de este artículo sus observaciones y sugerencias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agencia EFE (2013). Finaliza la perforación del túnel para la conexión eléctrica España-Francia (en línea). <http://www.invertia.com/noticias/finaliza-perforacion-tunel-conexion-electrica-espana-francia-2846364.htm>, acceso 20 de febrero de 2014.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity At Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis. MN: University of Minnesota Press.
- Ariño, A. (2009). *El movimiento Open. La creación de un dominio público en la era digital*. Valencia: PUV.
- Arrighi, G. (1994). *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*. Londres: Verso.
- Batini, N., Callen, T., y McKibbin, W. (2006). *The global impact of demographic change*. Washington, D.C.: International Monetary Fund, Research Dept.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity.
- Baylis, J., Smith, S. y Owens, P. (2008). *The Globalization of World Politics*. Oxford: University Press Oxford.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2005). *La Mirada cosmopolita, o la guerra es la paz*. Barcelona: Paidós.
- Berners-Lee, T. y Fischetti, M. (2000). *Tejiendo la red*. Madrid: Siglo XXI.
- Cardinal, D. (2014). Bitcoin explained: Crypto fad or the future of money? (en línea). <http://www.extremetech.com/computing/173933-bitcoin-explained-crypto-fad-or-the-future-of-money>, acceso 8 de febrero de 2014.

- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (3 vols.). Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2001). *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Madrid: Areté.
- Díez Nicolás, J. (2011). ¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados. *Revista Española de Sociología (RES)*, 15, 9-46.
- Engeström, J. (2005). Why some social network services work and others don't — Or: the case for object-centered sociality (en línea). <http://www.zengestrom.com/blog/2005/04/why-some-social-network-services-work-and-others-dont-or-the-case-for-object-centered-sociality.html>, acceso 8 de febrero de 2014.
- Foerster, Heinz von (2003). *Understanding: essays on cybernetics and cognition*. New York: Springer-Verlag.
- Forrester, J. (1973). *World Dynamics*. Cambridge, MA: Wright-Allen Press.
- Fuller, R. B. (1981). *Critical Path*. New York: St. Martin's Press.
- García Blanco, J. M. (2015). Burbujas especulativas y crisis financieras. Una aproximación neofuncionalista. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 150, 71-88.
- Gunewardena, N. y Kingsolver, A. (2008). *The Gender of Globalization: Women Navigating Cultural and Economic Marginalities*. Santa Fe, NM: School for Advanced Research Press.
- Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Hobart, M. y Schiffman, Z. (2000). *Information Ages: Literacy, Numeracy, and the Computer Revolution*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.
- Hobsbawm, E. (1995). *Age of extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*. Londres: Abacus.
- Inglehart, R. y Welzel, C. (2006). *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. Madrid: CIS.
- Kranton, R. A. (1996). Reciprocal Exchange: A Self-Sustaining System, *American Economic Review*, 86(4), 830-851.
- Latour, B. (2008). *Re-ensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- López de Zuazo, A. (2007). Las verdades de Pero Grullo en periodismo. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 13, 469-480.
- Mann, C. (2006). *Accelerating the Globalization of America: The Next Wave of Information Technology*. Dulles, VA: Institute for International Economics.
- Marx, K. (1859). *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Prefacio, MEW vol. 13, p. 8. Berlin: Dietz Verlag.
- Navarro, P. y Ariño, A. (2015). La investigación social ante su segunda revolución digital. En García Ferrando et al. (comps.), *El análisis de la realidad social* (pp.110-141). Madrid: Alianza Editorial.
- Piaget, J. (1970). *Les Principes de l'épistémologie génétique*. Paris: PUF.
- Piaget, J. (1978). *La equilibración de las estructuras cognitivas. Problema central del desarrollo*. Madrid: Siglo XXI.
- Piketty, T. (2013). *Le Capital au XXIe siècle*. Paris: Seuil.
- Portes, A. (2006). "Instituciones y desarrollo: una revisión conceptual". *Cuadernos de Economía*, 25(45), 13-52. También en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S012147722006000200002&script=sci_arttext&lng=es, acceso 5 de noviembre de 2015.
- Robertson, R. (1992). *Globalization: Social Theory and Global Culture*. Newbury Park, CA: Sage Publications.
- Sassen, S. (2000). *The Global City: New York, London, Tokyo* (new updated edition). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Saussure, F. de (1985). *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot & Rivages.
- Serres, M. (2006). *Récits d'humanisme*. Paris: Le Pommier.
- Stiglitz, J. (2007). *El malestar en la globalización*. Punto de Lectura: Madrid.
- Tomlinson, J. (1991). *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.
- Wallerstein, I. (1979). *The Capitalist World-Economy*. Cambridge: CUP.

NOTA BIOGRÁFICA:

Pablo Navarro Sustaeta es Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad Autónoma de Madrid y profesor titular de sociología en la Universitat de València (España). Sus intereses se centran en la Teoría Sociológica y el estudio del actual proceso de globalización. En este campo, además de ocuparse de los Nuevos Objetos-Mundo Sociales (NOMS), ha investigado el potencial de Internet como entorno y herramienta global de

conocimiento sociológico. Entre sus publicaciones están *El holograma social*. Madrid: Siglo XXI, 1994; *Las dos Fuentes de la complejidad social humana*. México D.F.: CEIICH, 2004; “¿Una sociedad capaz de computarse a sí misma? El nuevo papel de los métodos de análisis sociológico en Internet”. *Sociológica*, núm. 58, 2005, pp. 131-164; y “La investigación social ante su segunda revolución digital”. En *El análisis de la realidad social*, M. García Ferrando et al. (comps.), pp. 110-141. Madrid: Alianza Editorial, 2015.